Europa: soberanía compartida.-

Se dice que Europa vive un vacío de poder originado en las dos guerras mundiales que causaron no solo un frenazo, sino el “desmantelamiento” (retroceso) de su modernidad. Bajo la premisa ya aceptada de que ambas guerras se encuentran directamente vinculadas, debemos averiguar las razones exactas que llevaron a semejante catástrofe, asunto que significa principalmente la desproporcionada mortalidad de jóvenes como nunca antes había ocurrido, además de los millones de heridos que no sanaron y de la epidemia de gripe española que provocó treinta millones de muertes a nivel mundial y que pudo propagarse de manera tan brutal por las condiciones de insalubridad heredadas de la guerra; si sumamos a esto las muertes ocurridas en la Segunda Guerra Mundial, más las purgas de Stalin y todos los asesinatos políticos, entonces el resultado fue el despoblamiento de Europa y el consiguiente cambio genético; en estas circunstancias, la soberanía compartida se erige como el mejor Gobierno de conciliación frente a la posibilidad de la lucha por liderazgos; entendamos que dicha soberanía significa el reacomodo (búsqueda de equilibrio) de la institucionalidad como reacción natural a la globalización que, dicho sea de paso, no depende de acción volitiva, porque es como el aire y la respiración.

Al examinar las causas de la Primera Guerra Mundial, el incidente de Sarajevo, urdido por la policía secreta serbia en contra de un funcionario de tercer rango, y que por una serie de casualidades terminó en el asesinato del heredero real, diríamos que corresponde a la escena prominente de esa tragicomedia, pero para fines parvularios, porque era la más fácil de memorizar; empero, sobre lo de fondo, poco se ha discutido. El “espacio vital” de Hitler corresponde a las conquistas del Imperio romano y a la filosofía nacionalista de Hegel. La aristocracia endogámica europea, como todas las aristocracias, representó el poder y la autoridad por la gracia de Dios, como se detalla en la célebre iconografía de Vico: atrás del altar el báculo del adivino (palabra que significa hacia Dios) y en frente los fasces (30 varas atadas como símbolo de unión social y de su autoridad). En el funeral del rey inglés Eduardo VII ocurrido en mayo de 1910, se encontraron nueve soberanos, entre ellos tres primos hermanos: Nicolás II, zar de Rusia, el káiser Guillermo II de Alemania y el rey de Inglaterra Jorge V. ¿Podía el parentesco facilitar la conciliación de intereses distintos o, incluso, contrarios? La historia de Europa es la demostración fehaciente de la resolución de litigios por vía de las armas. Aquí recordamos un antiguo refrán: “hermanos, las manos; parientes, los dientes”. Y eso precisamente ocurrió en la Primera Guerra Mundial. El káiser era un megalómano con una deformidad: un brazo más pequeño que el otro; al igual que Stalin en lo del brazo. El káiser nunca se resignó a tener menos que Inglaterra en “espacio vital”, que ésta, por su vocación marítima, había compensado en demasía. Alemania no tuvo más remedio que intentar expandirse a costa de sus vecinos, y la oportunidad se dio por el desequilibrio o vacío de poder que dejó Turquía, especialmente en los Balcanes. A propósito, hemos escuchado una nueva interpretación de la palabra barroco, no como perla deformada, sino de acuerdo con los antiguos griegos que creían que la naturaleza siente horror al vacío y busca llenarlo, de allí la profusión de adornos en ese estilo artístico y el oportunismo en la política, como parte de la condición humana.

¿Por qué la exorbitante cantidad de muertos en las dos guerras mundiales? Ese es el hecho más notorio para poder catalogarlas como el mayor desastre del siglo XX, y uno de los mayores de la humanidad. El asunto es simple: los militares europeos, especialmente los franceses, tardaron mucho en comprender que la incorporación de la ametralladora en la tecnología militar exigía inminentes cambios estratégicos; en definitiva, la guerra no podía ser como antes. El reacomodo más simplista, por fuerza de las circunstancias, devino en las trincheras y su formidable trampa; pero los franceses tampoco comprendieron que la frontera con Bélgica requería de mayor protección, y tampoco escucharon los consejos de los militares polacos que ya conocieron el poder del ejército alemán. ¿Por qué esa negligencia o tardanza? Saint Simon en su “Catecismo político de los industriales” tiene algunas reflexiones esclarecedoras sobre la historia de Francia a la que divide en cuatro períodos: desde el establecimiento de los francos en las Galias hasta la primera cruzada; desde la primera cruzada hasta el reinado de Luis XI; desde Luis XI hasta el reinado de Luis XIV, ambos comprendidos, y desde el reinado de Luis XIV hasta el establecimiento del sistema de crédito. En síntesis, su historia se limita a un forcejeo entre los galos aborígenes y los francos invasores que se apropiaron de la tierra, construyeron sus castillos y organizaron los ejércitos. Veamos algunos fragmentos: “Las cruzadas ocasionaron dispendios muy considerables a los aristócratas, es decir, a los francos: sus ingresos resultaron insuficientes para satisfacerlos. Se vieron obligados para procurarse las sumas que precisaban, a vender franquicias a los galos que se hallasen en condiciones para pagarlas (…) Los francos también vendieron tierras a los galos que por cualesquiera medios habían conseguido procurarse dinero, y así fue como las cruzadas determinaron la formación de la clase industrial (…) Luis XI concibió el audaz proyecto de concentrar todo el poder soberano en las manos de la realeza, de anular la supremacía de los francos sobre los galos, de destruir el sistema feudal, de suprimir la institución de la nobleza y de constituirse en rey de los galos en lugar de ser jefe de los francos (…) Se alió con los industriales. Los industriales deseaban que el poder soberano estuviese concentrado en las manos de la realeza porque éste era el único medio de suprimir los obstáculos con los cuales se enfrentaba el comercio interior de Francia, por obra del efecto de la división del poder soberano; también deseaban convertirse en la primera clase de la sociedad, tanto por satisfacción de su amor propio, como por las ventajas materiales que resultarían del trabajo de hacer la ley, que la ley siempre favorece a quienes la hacen”.

¿Qué tiene que ver lo anterior con las dos guerras mundiales del siglo XX? Para explicarlo, veamos algo más de la obra aludida: “Durante largo tiempo los francos hicieron justicia a sus vasallos personalmente, solos, y sin el concurso de erudito alguno. Pero cuando las relaciones sociales se multiplicaron (…) cuando fue introducida la ley escrita, los descendientes de los francos, que tenían a gala no saber escribir sus propios nombres, no pudieron ya bastarse para los trabajos judiciales (…) En 1789, habiéndose considerado lo suficientemente fuerte como para desembarazarse de la supremacía ejercida sobre ella por los descendientes de los francos, la masa intermedia determinó a la masa del pueblo a insurreccionarse contra los nobles. Por medio de la fuerza popular, consiguió que se matase una parte de los descendientes de los francos y se encargó de forzar a los que no habían caído a huir a un país extranjero. La clase intermedia se transformó entonces en la primera clase”… En conclusión, la Revolución Francesa se hizo para eliminar a los francos; es decir, a los nobles, concepto que según este autor, es diferente de realeza, y, en nuestro criterio, esta tendencia continuó hasta el siglo XX, con la introducción de un cuarto factor: el comunismo marxista; de esta suerte, podríamos interpretar los ataques alemanes a Francia como un intento de los francos por recuperar su primacía o por sentar sus reales, esto a un nivel del subconsciente, se entiende.

Sobre este cuarto factor, cabe preguntarse: ¿qué rol tuvo Marx en aquella pugna entre francos y galos que incidió en el desempeño de la Segunda Guerra Mundial? En este punto, cabe recordar que Saint Simon fue una especie de abuelo del positivismo, en razón de que A. Comte fue su principal discípulo, pero además fue un “precursor” del marxismo. A continuación, transcribimos lo siguiente: “Que la especie humana siempre ha tendido hacia el establecimiento del sistema industrial (…) Cuando el régimen industrial se haya establecido en Francia e Inglaterra todos los infortunios a los cuales estaba destinada la especie humana en tanto durase el tránsito del régimen gubernamental al régimen industrial se habrán terminado cuando todas las fuerzas gubernamentales existentes en el globo terráqueo se vean inferiores a la fuerza industrial establecida en Francia e Inglaterra; la crisis habrá concluido, porque no existirá más lucha”… Todos sabemos que la “última batalla” con el triunfo del proletariado es uno de los postulados de Marx. El meollo se encuentra en que Marx tomó una parte del régimen industrial: los obreros. ¿Por qué los franceses no reaccionaron frente a la invasión alemana en la segunda guerra? Churchill en “La guerra crepuscular”, el segundo tomo de su obra “La Segunda Guerra Mundial”, escribió: “Desde que Stalin parlamentó con Hitler, los comunistas franceses, que recibían sus consignas desde Moscú, calificaron la guerra de ‘crimen imperialista y capitalista contra la democracia’. Hicieron cuanto pudieron para minar la moral del ejército y obstaculizaron la producción de las fábricas. La moral del pueblo y los soldados franceses era en mayo mucho más baja que al comenzar la guerra”. En este punto, vale recordar el caso de aquel dirigente comunista que desertó del ejército y huyó a Rusia; por supuesto que las órdenes directas de Stalin también ocurrieron en España; sin embargo, en Francia había un trasfondo mucho más complejo, podríamos decir, de carácter freudiano. A propósito, mucho se ha hablado de la resistencia francesa. ¿Cuál resistencia? De Gaulle se limitó a discursear desde la segura Inglaterra, y entre las grandes heroínas vale citar a una enfermera belga y a aquella que ayudó a escapar a los pilotos heridos, y también los comunistas españoles que no tenían nada que perder, lo mismo que los anarquistas.

Nuestro amable lector caerá en cuenta de que falta un factor: el tercero. Por supuesto que corresponde a los judíos y el crédito, el último asunto de la historia de Francia, según su “Catecismo”. A propósito, recordamos ‘En busca del tiempo perdido’ de Marcel Proust. El protagonista Swan es un rentista, casi un zángano, que no hacía mejor cosa que andar en francachelas; además era un ansioso enamorado que cuando descubre que ella le ama, pierde como por arte de magia todo su amor. En resumen, para este autor, la carencia es la condición para que perdure la llama, pero, ¿qué tiene que ver esto con todo lo anterior? Los judíos también buscaban la aceptación de los francos, de la misma manera que los galos, incluso Saint Simon señala que los industriales buscaban casarse con las hijas de los francos, y él mismo presume de su origen franco; recordemos que estos no sabían escribir su propio nombre. Al final de su célebre novela, la fiesta tan esperada termina en una reunión de vejetes. El mensaje es que Francia vivió gran parte en un sueño; los francos ya no existen; ellos ahora se llaman alemanes y sí saben escribir y hacer industria competitiva.

Carlos Donoso G. / Octubre de 2014